

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN GASPAR DEL BÚFALO

S. MILLÁN – 2020

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Los primeros años.
Las sonrisas de María.
Napoleón.
El destierro.
Necesidad de evangelización.
Misiones.
Prodigios.
Curaciones.
Devociones.
La Congregación.
Su muerte.
Prodigios después de su muerte.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Gaspar del Búfalo es la vida de un gran misionero. El Papa lo nombró misionero apostólico y él dedicó los mejores años de su vida a la evangelización de los Estados Pontificios, después de las atrocidades cometidas por los franceses. Napoleón estaba en la cima de su poder y se anexionó los Estados pontificios y encarceló a los sacerdotes que no quisieron hacer el juramento de fidelidad al emperador. Pero, poco a poco, declinó su estrella y las cosas volvieron a su cauce. Sin embargo, los años entre 1808 y 1814 hasta que Napoleón fue derrotado, fueron años difíciles para los Papas, no solo porque habían sido sometidos al poder de Napoleón, sino también porque, al imponer nuevas leyes al grito de libertad, muchos que habían estado ocupando cargos con los franceses, no quisieron someterse de nuevo a la autoridad del Papa y se originaron desórdenes. Por eso, el Papa decidió, entre otras cosas, hacer misiones masivas para encauzar a la gente por el camino de Dios y alejarse de los engañadores masones y carbonarios, que eran furibundos anticatólicos y querían obtener la independencia.

Y aquí se ubica la vida de san Gaspar: ser un gran misionero y recorrer miles de kilómetros en los mejores años de su vida, acompañado de un grupo de sacerdotes, dando misiones públicas; no solo en las grandes ciudades, sino también en los últimos rincones, en los pueblos más alejados. Tuvo que sufrir mucho por caminos difíciles y, por supuesto, no le faltaron ataques y atentados contra su vida de parte de los enemigos de la Iglesia, pero al fin pudo entregar su vida a Dios con la alegría del deber cumplido y de no haber jurado fidelidad a Napoleón, a pesar de sufrir cárcel y malos tratos como tantos sacerdotes de aquel tiempo.

Ojalá su ejemplo nos estimule a ser también nosotros misioneros en el lugar que Dios nos ha encomendado para que así, al llegar al final de la existencia, podamos decir: *Misión cumplida*.

LOS PRIMEROS AÑOS

Sus padres fueron Annunziata Quartieronì y Antonio del Búfalo. El primer hijo, Luigi, se casó y murió cuando la viuda tenía aún 20 años y una hija llamada Gigia, aunque ya habían tenido otra, que había muerto primero. Gaspar nació el 6 de enero de 1786 en Roma y fue bautizado al día siguiente en la iglesia de San Martín ai Monti, cerca de Santa María la Mayor. En el bautismo, por haber nacido el día de la Epifanía, le pusieron los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar, los tres reyes magos, aunque a lo largo de su vida lo llamaron especialmente con el nombre de Gaspar. El 6 de agosto de 1787, al año siguiente de su nacimiento, estuvo en peligro de muerte y le administraron el sacramento de la confirmación. A los dos años fue curado por intercesión de san Francisco Javier de una grave forma de varicela, que le dejó trazas en su rostro para toda la vida.

Su madre era muy piadosa, iba a la iglesia de los jesuitas cercana a su casa, pues vivían en el palacio de la familia Altieri, donde el padre, Antonio del Búfalo, trabajaba de cocinero. En esa iglesia de Gesù estaba un brazo de san Francisco Javier y su madre tenía mucha devoción a este santo, a quien invocó con fervor para que curara milagrosamente de una conjuntivitis purulenta a Gerardo, de quien decían los médicos que quedaría ciego sin remedio. Se curó para sorpresa de los médicos y toda la vida le tuvo una devoción especial a san Francisco Javier.

Cuando todavía era un niño, se entretenía haciendo altares, cantando canciones religiosas y hasta celebrando misa, pensando ya en ser sacerdote en el futuro. Incluso había acomodado en su casa un lugarcito a modo de confesionario para hacer de confesor. A veces se subía a una silla y llamaba a su madre y comenzaba a predicar, repitiendo lo que había oído en la iglesia.

En la iglesia de Gesù de los jesuitas hacía de acólito y con seis años ya se confesaba con Monseñor Marchetti, que entonces era el Rector de la iglesia. A los 11 años hizo su primera comunión en la capilla de san Luis y se inscribió en la Asociación de san Luis Gonzaga con su hermano Luigi.

No es de extrañar que más tarde pensara seriamente en ser jesuita en vez de ser simplemente sacerdote diocesano. Además, su formación intelectual desde la primaria hasta el último año de Teología la tuvo en el famoso Ateneo, que después se convirtió en la universidad Gregoriana de Roma, dirigida por los jesuitas.

LAS SONRISAS DE MARÍA

Cuando Gaspar tenía 10 años, sucedieron hechos milagrosos en los Estados Pontificios. Comenzaron el 25 de junio de 1796 en Ancona. Una imagen de la Virgen María de la catedral de la ciudad, conocida bajo el título de *Reina de todos los santos*, comenzó a tomar vida, abriendo y cerrando los ojos, mirando con amor a los presentes y sonriendo. En una oportunidad, hasta brilló durante todo el día con luz sobrenatural. La imagen era un cuadro pintado de la Virgen, de unos cincuenta centímetros. Ese fue el comienzo de la serie de prodigios, que conmovieron a los Estados pontificios durante nueve meses y que no tienen parangón en la historia del cristianismo.

El 9 de julio, las sonrisas comenzaron en Roma y se sucedieron en otras ciudades, dentro de los Estados de la Iglesia. Esto produjo una avalancha de confesiones y conversiones nunca antes vista. Muchos, incluso protestantes y musulmanes, se convertían. Se organizaron misiones populares, procesiones y oraciones públicas, día y noche, ante las imágenes vivientes que miraban con amor a los devotos y sonreían.

En total, fueron por lo menos 122 imágenes, 2 de santos (san Antonio de Padua y san Liberato), dos crucifijos, y el resto eran imágenes de la Virgen: imágenes pintadas o esculpidas, que se encontraban en capillas, casas particulares, calles y plazas públicas, a la vista de todos.

De estas 122 imágenes, 101 eran de la misma ciudad de Roma y las 21 restantes, de otras ciudades. Las autoridades eclesiásticas hicieron una investigación, reducida a 26 de las 101 imágenes milagrosas de Roma, y concluyeron, con el veredicto del cardenal Vicario de Roma, de que todas esas imágenes eran verdaderos milagros vivientes. Lo mismo sucedió con las investigaciones llevadas a cabo en las otras ciudades. En Roma, se estableció que todos los años, el 9 de julio, se celebrara una fiesta para conmemorar el inicio de estos milagros en dicha ciudad. Actualmente, esta fiesta se celebra todavía en el santuario de la Virgen del Archetto, donde comenzaron los prodigios, y se celebra el domingo más cercano al 9 de julio.

NAPOLEÓN

Es interesante anotar que estos milagros de María ocurrieron en vísperas de la ocupación de los Estados pontificios por los ejércitos de Napoleón, que llevaron cautivo al Papa Pío VI a Francia, donde murió en 1799; y que llevaron a cabo una serie de atropellos, matanzas, violencias, violaciones y saqueos por doquier. Esta invasión comenzó el 8 de febrero de 1797, unos ocho meses después del comienzo de los milagros en Ancona. Y todos los testigos destacaron que esta oleada de milagros vivientes, era una prueba más de la presencia viva de María en medio de sus hijos y un signo de su protección maternal. Como si les dijera: *No tengan miedo, pase lo que pase, yo estaré con mi hijo Jesús, para protegerlos; confíen en nosotros.* María los miraba a todos con amor y les sonreía como una buena madre, para darles confianza y fortaleza ante la adversidad ¹.

El 16 de julio de 1801 Napoleón firmó un concordato con la Santa Sede, aunque después no lo cumplió. El 2 de diciembre de 1804 Pío VII presenció en París la solemne ceremonia de la coronación de Napoleón, que tomó la corona en sus manos y él mismo se la puso como para indicar que no se la debía a nadie, sino a sí mismo. En mayo de 1806 el Papa rechazó la adhesión a la confederación de los países bajo la autoridad francesa y también se opuso a Napoleón, que quería que cerrara sus puertos a Inglaterra, Rusia y los países enemigos del emperador. Por eso el 2 de febrero de 1808 Napoleón lanzó sus tropas contra Roma y después de apoderarse de los territorios de los Estados pontificios, los anexó a Francia, nombrando a Roma como la segunda ciudad de imperio francés.

El emperador impuso a los obispos, prelados, canónigos y párrocos el juramento de fidelidad al emperador. A Gaspar le exigieron hacer este juramento por ser ya en ese momento canónigo de la basílica romana de San Marcos, pero él, como la mayoría de los eclesiásticos de los Estados Pontificios, rechazó hacerlo y dijo claramente en presencia de su padre: *No puedo, no debo y no quiero hacerlo.* Su mismo padre, presente en ese momento, declaró que antes de verlo hacer ese juramento, condenado por el Papa, prefería morir con su hijo. El Papa respondió con la excomunión del Napoleón y él envió al general Radet a imponer al Papa la renuncia al poder temporal y tomó al Papa de rehén y lo envió a Francia.

¹ Puede leerse el libro de Vittorio Messori y Rino Cammilleri, *Gli occhi di María*, Ed. Rizzoli, Milán, 2003.

EL DESTIERRO

El 12 de marzo de 1808 Gaspar fue ordenado diácono y el 31 de julio fue ordenado sacerdote en la iglesia de los misioneros de San Vicente de Paúl de Montecitorio. Su director espiritual fue el padre Francesco Albertini, quien le inculcó una gran devoción a la sangre de Cristo, pero ambos tuvieron que ir al destierro por negarse a hacer el juramento de fidelidad al emperador francés. El 15 de julio de 1810 los llevaron a Piacenza y los metieron en la cárcel. En esta ciudad Gaspar se enfermó gravemente y pudo sanarse por intercesión de san Luis Gonzaga, cuya imagen tuvo siempre enfrente de su cama. Su vida en la cárcel fue muy dura para él, delicado de salud. Había mucha suciedad, muchos insectos, un malísimo mal olor pues las letrinas estaban en un estado lamentable. Les daban un pan y una menestra nauseabunda y les fueron quitados los libros, papeles y tinta para que no pudieran escribir. Las cartas que recibían las recibían abiertas y, al principio, tenían prohibido celebrar la misa; y esto sin contar los malos tratos de algunos carceleros que los veían con malos ojos y los insultaban sin cesar.

La suerte de los deportados parecía estar irremisiblemente encadenada a la del Papa. Pío VII había sido trasladado con violencia de Savona a Francia en la noche del 9 de junio de 1812. También él, lo mismo que su antecesor Pío VI (+1799) enfermó gravemente durante la travesía de los Alpes, hasta el punto de llegar a recibir los sacramentos de los moribundos. A pesar de ello, sin miramiento alguno, fue conducido hasta Fontainebleau, donde fue tratado todavía con más dureza que en Savona.

Las nuevas torturas del clero fiel al Papa fueron las consecuencias inmediatas. Las cárceles se llenaron de sacerdotes, y más de uno se vio encerrado en compañía de criminales.

Ya Albertini había sido arrancado de su lado y deportado a Córcega, cuando también a él le llegó la vez. Se le pidió nuevamente el juramento de fidelidad. Se intentó doblegar su negativa con la oferta del puesto más alto en la dirección de la juventud de Bolonia. Una celada diabólica para un sacerdote que con todas las fibras de su corazón deseaba un campo de apostolado y que, además, por su temperamento, parecía estar llamado a ser director de jóvenes.

Gaspar rechazó la oferta y según los métodos, que al parecer son comunes a todo régimen de violencia, fue sacado del lecho durante la noche por un comando de la policía y metido en la cárcel. El 12 de septiembre de 1812 le exigieron de nuevo fidelidad y lo rechazó. Amaneció en la cárcel de san Juan del Monte con otros muchos.

En estas circunstancias, Gaspar se ciñó estrictamente al horario que Albertini le había trazado. Como si en realidad fuese un hombre libre, procuró olvidar los muros húmedos, las puertas de hierro, los pasos de los vigilantes por los pasillos y las blasfemias de los delincuentes en las celdas vecinas. Rezaba y meditaba con un fervor tal que, en más de una ocasión, fortalecía a sus compañeros de celda, en medio del desánimo.

Una vez más, entre los sacerdotes encarcelados, era Gaspar uno de los más jóvenes. Cuando con el tiempo les concedieron autorización para reunirse, supo aprovechar la oportunidad para iniciar conversaciones sobre temas de Moral, Ascética y Escritura. De una manera instintiva había encontrado el mejor medio de preservar a sus compañeros de la psicosis de prisión. Pero también la dirección de la prisión se había dado cuenta de quién era el alma de la resistencia entre los encarcelados. Por ello procuró que Gaspar, con otros siete compañeros, fueran llevados a un lugar más seguro, a la prisión de Imola. Como el pueblo había preparado una manifestación de simpatía a los sacerdotes, a su llegada fueron llevados a la fortaleza llamada Rocca.

Lo que tenía que ser un medio de represión más fuerte todavía, resultó ser una feliz circunstancia. El comandante de la fortaleza era simpatizante de la Iglesia e hizo todo lo posible para que la situación de los inocentes perseguidos fuera más llevadera. En atención a los mismos prisioneros tuvo que proceder con suma prudencia. Permitió que los sacerdotes celebrasen la misa, pero sólo por la noche y en el más estricto secreto.

Un buen amigo, el conde Annibali Ginnasi, conseguía hacer llegar secretamente a las celdas alimentos y ropas que los habitantes de Imola reunían en gran cantidad, hasta el punto que las mismas autoridades prohibieron toda comunicación escrita u oral. Los encarcelados llevaban una vida comunitaria conventual por el estímulo que Gaspar les infundía. Aunque parezca extraño, fue en la Rocca de Imola donde Gaspar pudo hacer una primera prueba, con un grupo reducido, de las reglas que había pensado en dar más tarde a su Congregación.

Ya entonces se ocupaba de los principios fundamentales tal como se desprende de una carta escrita en la prisión. “La perfección no consiste en la ejecución de cosas grandes, sino en el cumplimiento exacto de la voluntad de Dios. Tenemos que seguir el camino que Dios nos ha indicado, ya sea llano o escabroso. Si hacemos con perfección las cosas más sencillas, progresamos y nos hacemos merecedores de mayores gracias”.

Entre tanto Napoleón, derrotado en los campos de batalla en Rusia, había arrancado al Papa Pío VII, gravemente enfermo, nuevas concesiones.

Concesiones que él mismo anunció por anticipado como fruto de un concordato y que mandó fuese celebrado con un Tedéum en todas las iglesias. Al mismo tiempo cursó una orden a todos sus prefectos para que concediesen el indulto a todos los sacerdotes que se habían negado a prestar el juramento de fidelidad, siempre que ahora lo prestasen. Todo el que opusiese resistencia después del 1 de mayo de 1813, perdería para siempre el derecho al indulto. Una vez más, los sacerdotes detenidos se encontraron ante la tentación de comprar su libertad con el juramento de fidelidad a Napoleón. Algunos de ellos cedieron a las presiones. ¿Cómo podían haber sabido que el Papa, tan pronto como había caído en la cuenta del alcance de su acuerdo, había revocado inmediatamente las concesiones?

Las autoridades habían abandonado intencionadamente a los prisioneros a la mentirosa creencia de que la Iglesia y el Estado habían firmado definitivamente la paz. Se dieron prisa en sacar partido de la distorsión de los hechos. Dos compañeros de Gaspar, de la iglesia de San Marcos, prestaron el juramento de fidelidad exigido y se esforzaron en conseguir que también Gaspar lo prestase. Pero tuvieron que hacer solos el viaje de regreso a Roma. Nada en el mundo hubiese inducido a Gaspar a vender una cuestión de justicia por un plato de lentejas. Prefirió ponerse en camino con otros once sacerdotes, el 16 de mayo, hacia otro lugar de sufrimiento.

Sombría, emergía de la llanura entre Imola y Ravena la imponente masa pétreo de Rocca di Lugo, una fortaleza del siglo XVI, que parecía estar construida para hacer desaparecer a los hombres. El recibimiento que les hizo el brutal capitán de la fortaleza quitó al instante a los prisioneros toda ilusión de que se pudiesen repetir aquí las manifestaciones de amabilidad de los habitantes de Imola. Duro hasta la crueldad, sin sentimientos humanos, mandó que se les quitasen a los sacerdotes todos sus objetos personales, les prohibió las visitas, recibir alimentos y la celebración de la santa misa. Como cama tenían que contentarse con un saco de paja y la manta de la montura de un caballo.

Por el testimonio de uno de los compañeros de prisión, sabemos que Gaspar, creyendo que aquí acabaría su vida sin volver a ver su ciudad natal, o impresionado tal vez por el hecho de la prolongada agonía del párroco Guizzi de Espoleto, parecía retirarse cada vez más de sus compañeros e imitar la vida rigurosa y solitaria de los padres del desierto. Si alguien le hacía algún reproche al respecto, contestaba sereno que no tenía un carácter muy sociable.

Visiblemente sufría más que los otros, en su mayoría sacerdotes mucho más viejos, bajo las depresiones que le producía el cautiverio, pero no quería importunar con ello a sus compañeros.

Finalmente encontraron el modo de atraerlo de nuevo a su compañía. Determinaron organizar diariamente una discusión sobre temas teológicos y eligieron por suertes como moderador de las mismas a Gaspar. Nunca le descubrieron que todas las papeletas habían aparecido con su nombre.

Los acontecimientos de la política mundial del año 1813 fueron socavando también Rocca di Lugo. A medida que el conquistador corso se vio obligado a pasar a la defensiva, se fueron suavizando las condiciones de prisión de los sacerdotes que habían permanecido fieles al Papa.

Gaspar, una vez sacado de la soledad a la cual se había retirado, recuperó inmediatamente su entusiasmo vital y no cejó en su empeño, hasta conseguir que los prisioneros volvieran a poder celebrar la santa misa. Cuando por fin el capitán fue sustituido por el correcto Sammaritani, se acabaron las torturas morales. Ya apuntaba en el horizonte “el ocaso de los dioses” para Napoleón. Incluso de Francia llegaban donativos para los sacerdotes encarcelados.

Todavía no habían sido liberados, cuando Napoleón dio la orden de que los últimos sacerdotes que se habían negado a prestar el juramento de fidelidad fueran trasladados desde la tierra firme a la isla de Córcega. Quería que los tuviesen allí bien custodiados para poder usarlos como arma al llegar el momento de las negociaciones con la Curia Romana.

El ángel de Dios velaba por los perseguidos. Era tal el desorden en el país que incluso faltaban vigilantes que pudiesen reunir en Bolonia a los destinados al traslado para acompañarlos desde allí, pasando por Florencia, a Livorno, donde les esperaba el barco. Como si se tratase de tropas, fueron enviados por los caminos sin policía alguna.

En Imola fueron recibidos en las calles con júbilo. En Bolonia, Gaspar tuvo la oportunidad de saludar a la familia condal Bentivoglio. En Florencia presencié la entrada de los napolitanos al mando de Murat, que había desertado de Napoleón para pasar a los aliados lo antes posible. Mientras los otros sacerdotes, que todavía no confiaban en el desenlace de los acontecimientos, buscaron dónde ocultarse, Gaspar esperó en la ciudad del Arno la hora de la liberación. Esta llegó el 26 de enero de 1814 con la orden de Murat de liberar a todos los sacerdotes de las cárceles del Estado y reintegrarlos a sus anteriores puestos de trabajo.

Las persecuciones habían durado solamente unos tres años y medio, pero estos años tenían un valor doble o triple en el progreso espiritual de aquellos confesores de la fe. Cuando había sido detenido, Gaspar era un sacerdote joven

ardiendo en deseos de iniciativa y lleno de temperamento. Ahora, cuando en enero del año 1814 recibió su salvoconducto y emprendió el camino de regreso hacia Roma, a sus veintiocho años, se había vuelto parco en palabras, y, sin saberlo, había cruzado la frontera de la mitad de su vida. No encontró a su madre, que había muerto el 20 de octubre de 1811 ².

NECESIDAD DE EVANGELIZACIÓN

Durante el mandato francés muchos civiles habían podido ocupar cargos importantes en el gobierno y, al verse desplazados, lucharon contra las nuevas autoridades. Los masones y carbonarios formaron grupos sectarios para rebelarse contra el Papa, promoviendo una ideología anticristiana y fomentando desórdenes y revoluciones. Por eso, al principio de sus misiones, Gaspar iba acompañado de algunos soldados, porque había peligro de que los carbonarios y masones lo asaltaran a muerte. Ellos se enfurecían por tantas conversiones que conseguía. Algunos lo acusaron de favorecedor de los bandidos. Otros lo acusaron de falso reformador y hasta algunos dijeron que su Congregación, al tener el título de la preciosísima sangre, era una profanación. Y lo acusaron al Papa, quien reconoció que eran falsas acusaciones y le dio su confianza.

San Vicente Pallotti en su declaración en el Proceso ordinario de Albano para la canonización de Gaspar del Búfalo, nos dice: *Cuando fue elegido Papa Pío VIII, Gaspar fue a besarle los pies como era costumbre al recién elegido y coronado pontífice y, en ese momento, el Santo Padre no quiso recibirlo ni reconocerlo como Superior de su Congregación, debido a los informes negativos que había recibido, pero cuando se dio cuenta de su error y de que eran falsas las acusaciones, lo apoyó y le dio su bendición. Algo parecido le sucedió con el Papa anterior León XII y Gaspar le respondió: “Yo obedeceré a Su Santidad y bastaría un gesto de su parte para que cierre todas las Casas abiertas de la Congregación”*.

El Papa Gregorio XVI, por las calumnias recibidas, quiso suprimir la Congregación; pero, al reconocer que eran falsas las acusaciones, lo ayudó y después de su muerte dio un decreto apostólico aprobando la Regla y el Instituto dándole una casa en Roma.

Un problema que quedó del mandato francés fue que muchos italianos que habían sido llamados a las filas del ejército francés, se habían ido a vivir a los montes y se habían juntado con bandoleros y otros ladrones y asesinos. El Papa, al llegar a Roma, proclamó una amnistía total para los que vivían en las montañas

² Hümmeler Hans, *Gaspar del Búfalo*, Ed. Casa del Sol, Madrid, 1980, pp. 45-51.

como criminales y para los que habían estado ocupando cargos importantes en el gobierno francés, pero los bandoleros siguieron haciendo de las suyas y hubo que recurrir a la violencia. Sin embargo, se consiguió en parte que muchos aceptaran la amnistía y volvieran a vivir en paz. De todos modos, el Papa pensó que ante el espíritu revolucionario que se había creado, lo mejor era evangelizar los territorios pontificios y por eso decidió que hubiera grupos de misioneros que fueran difundiendo la luz del Evangelio hasta los últimos rincones, lo que se consiguió en alguna medida y en esto se empleó Gaspar con todas sus fuerzas durante varios años de su vida con gran éxito.

MISIONES

Cuando daba las misiones, llevaba siempre un crucifijo en la cintura (algo que indicó que llevaran también sus misioneros) y un gran crucifijo que sostenía con las manos a la vista del pueblo. También presentaba una pintura de la Virgen María con el Niño Jesús que sostenía un cáliz. Por eso se llamaba la Virgen del cáliz o la Reina de la preciosísima sangre. Dios le concedió poder hacer maravillas que le dieron fama de santo.

En las misiones solía hacer una entrada solemne a pie. A la entrada del lugar le esperaba el obispo o alguna autoridad eclesiástica. Iban a la iglesia o a la plaza, donde daba principio la misión con una introducción fervorosa. Normalmente, se alojaba en algún convento de religiosos o religiosas y, si no había, en alguna casa particular de confianza. Los misioneros comían todos juntos y durante la comida había un tiempo para leer algo espiritual. Después había una hora de descanso y, a continuación, iban a la iglesia a continuar las funciones sagradas. A veces, desde el lugar de la misión, enviaba a algún misionero o iba él mismo a otros anexos cercanos. El fruto de la misión se notaba, si había muchas confesiones y comuniones. El penúltimo día era para la comunión general de las mujeres y el último día para los hombres.

Gaspar tenía muchas debilidades humanas como miedo a los gatos, perros y ratones; a la oscuridad y a caminar al anochecer por la calle. Por las noches para poder dormir debía tener una lamparita encendida en su habitación y echar agua bendita para defenderse del demonio. También era super sensible a algunas cosas como a las humillaciones. Era de temperamento irascible y debía hacer esfuerzo para controlarse. Fácilmente se le desataban los nervios y estaba mal del estómago; y así otras debilidades humanas, pero, a pesar de todo, pudo llevar a buen término su obra y llegó a ser un misionero fuera de serie.

Todos los que conocieron a Gaspar señalan que fue un gran misionero. Tenía dotes oratorias, conocía muy bien la Escritura y la doctrina de los Santos

Padres y lo llamaban un *arca de ciencia*, un *río de elocuencia* y algunos hasta le decían que era un *nuevo San Pablo*. Como misionero apostólico, tenía privilegios para confesar, bendecir y ayudar a los pecadores convertidos.

Gaspar en sus misiones populares a lo largo y ancho de los Estados pontificios solía regalar libritos sobre la fe católica y también rosarios, imágenes, medallas y otros objetos religiosos para fomentar y conservar la fe católica. Uno de los días lo dedicaba a hacer las paces entre las personas en discordia. Cuando hablaba del pecado y sus consecuencias, a veces públicamente se daba golpes con un látigo para hacer entender a la gente de la gravedad de ofender a Dios y la posibilidad de caer en el infierno para toda la eternidad. También exigía que le entregaran todos los libros deshonestos para quemarlos y las armas que poseían ilegalmente para romperlas públicamente y, en el caso de los sables, entregarlos al ejército. Además, hablaba seriamente contra la blasfemia, que era costumbre en algunos lugares. Por otra parte, aprovechaba para inculcar a la gente la inscripción en la Archicofradía de la preciosísima sangre, que tenía su sede en la iglesia de San Nicolás in Carcere de Roma. También fomentaba que se dedicara el mes de junio a la devoción a la sangre de Cristo y, por supuesto, hablaba siempre de su especial devoción a san Francisco Javier, su santo predilecto, a quien nombraba protector de todas las instituciones que promovía. En todas sus misiones daba importancia a la catequesis de los niños, a quienes reunía para hablarles. También visitaba a los enfermos y visitaba a los más pobres, a quienes llevaba parte del dinero que recogía por las casas para ellos y para los enfermos. En algunas charlas tenía una calavera en las manos para hablarles de la muerte y hacer la prédica más poderosa.

Nos dice Giovanni Merlini: *Una joven por vergüenza nunca había confesado un pecado y ya estaba al fin de su vida y había recibido los últimos sacramentos. Su padre estaba triste, porque iba a perder a su única hija y se postró ante la imagen de la Virgen, rezando por la salud de su hija, prefiriendo morir él y no su hija. De hecho, el padre se enfermó y murió, y la hija se curó al mismo tiempo.*

La joven sentía remordimientos por no haber confesado un pecado oculto y quería por fin acercarse al padre Gaspar, pero estaba rodeado de muchos hombres, que querían confesarse con él. Un día se me acercó y me pidió confesarla, pero yo tenía una gran fila de mujeres, que querían confesarse y no me atrevía a darle preferencia. No sé cómo pudo adelantarse. Las primeras palabras que me dijo fueron que la Misión se había hecho para salvarla a ella y que la Virgen le había dado la gracia de poder llegar a confesarse. Hizo una buena confesión general y agradeció a la Virgen esa gracia.

En otra misión, una mujer estaba fría y las prédicas no le afectaban. Casi al final de la misión, un día, mientras se ofrecían dones a la Virgen, comenzó a gritar. “Gracia, gracia, María santísima”. Parecía una loca y quería ser confesada de inmediato. La llevaron fuera de la iglesia y fui a confesarla. Me dijo que, al ofrecer los dones a la Virgen, oyó una voz en el corazón que le decía: “Tantos se convierten y tú no: tantos lloran y tú estás dura”. Supe después que esta mujer se enfermó y fui de nuevo a visitarla y confesarla, muriendo en paz.

En otra misión, un hombre hizo su confesión general conmigo y me contaron que había muerto después con señales de salvación y agradeciendo al Señor³.

En la misión de Alatri se le quedó el brazo derecho como inmovilizado. Pensó que el demonio quería impedirle la misión, invocó a la Virgen María y, poco a poco, se le pasó. En esa misma misión, mientras un día estaba predicando, se le reventó un tumor que le había salido en el cuello y le salió mucha sangre, pero no apareció al exterior, sino que le empapó por dentro. Solo le quedó la cicatriz como recuerdo. Con la gracia de Dios, pudo terminar bien la misión.

En algunas ocasiones en que debía hacer alguna procesión y llovía mucho, hacía decir un avemaría o quizás tres avemarías al pueblo presente y les aseguraba que el tiempo cambiaría y que nadie se fuera. Y realmente la lluvia cesaba y se podía hacer la procesión sin problema.

Bartolomeo Panzini refiere que en las misiones hacía bendecir agua para darla a los enfermos junto con imágenes de san Francisco Javier y oyó decir que habían sucedido algunas curaciones extraordinarias y venían a agradecerse. En dos ocasiones el carruaje en el que iba se volcó por el mal camino o el mucho fango, y en una ocasión por el granizo que había caído. Una de estas veces quedó debajo del carruaje y tuvo que hacer parte del camino a pie, ayudado por otros, porque por su debilidad no podía aguantar las incomodidades del camino.

Mandaba a sus misioneros hacer colectas por las casas, que después daban a los enfermos y necesitados. Dando misión en Forlimpopoli, el demonio suscitó a algunos enemigos a tirarle piedras, mientras estaba siendo trasladado a su alojamiento. Pero los rebeldes, al volverse a su tierra en una calesa, esta volcó y uno de ellos quedó herido gravemente en una pierna.

³ Merlini Giovanni, *Gaspare del Búfalo*, Ed. Unione preziosissimo sangue, Roma, 1984, pp. 73-74.

PRODIGIOS

El laico profeso Antonio de Cerreto declaró que, encontrándose el siervo de Dios dando la misión en su pueblo de Cerreto, mientras él velaba sobre sus ovejas en el monte a unas tres millas de distancia de donde Gaspar predicaba, sintió su voz y oía su prédica y entre otras cosas oyó las palabras: *Pueblo mío de Cerreto, pueblo mío devotísimo, conviértete y entrégate al Señor. Sed devotos de las almas del purgatorio.*

Igualmente Carlo Maltesta de 54 años en esa misma misión, estando él delante de la casa donde vivía y que dista una milla y media del lugar de la predicaba el padre Gaspar, le oyó claramente lo que decía. Por su parte Carlo Marani declaró haber oído de Sebastián Cola que vivía a unas dos millas del lugar de la predica en Cerreto que un día estaba subido a un árbol para recoger algunas frutas y oyó claramente predicar al siervo de Dios. El señor Camillo Possenti y el párroco Saverio Mattioli aseguran que en ese lugar no había posibilidad de ecos y que la voz era imposible que se pudiera oír sin un verdadero milagro ⁴.

En Nocera Umbra, Spello y Matelica, cuando se cernía sobre la gente un fuerte temporal, pudo conseguir con su oración que cesara la tempestad pues estaban al aire libre. Algunos sectarios quisieron matarlo, pero él pudo escapar ileso de varios atentados. Un comando enviado contra la misión de Forlimpopoli se precipitó al río y a él no le pasó nada. También tuvo fenómenos de bilocación, pudiendo estar en dos lugares al mismo tiempo. En Meldola los carbonarios le enviaron cartas amenazantes de muerte, pero él siguió la misión confiando en Dios. Lo vieron predicar al mismo tiempo en una plaza y confesar en una iglesia. Un día en Meldola intentaron envenenarlo al darle horchata que solía tomar para la garganta. Él la bendijo antes de tomarla ⁵.

Refiere san Vicente Pallotti: *Me dijo don Biagio Valentini que el siervo de Dios que una vez, mientras confesaba en la iglesia, al mismo tiempo estaba predicando en la plaza. Tenía el don de la bilocación. Otro día, mientras celebraba la misa, lo vieron cargado de dos cruces y eso fue como la señal de que dos casas de su Congregación serían cerradas como sucedió al poco tiempo. Celebrando misión en Velletri, el ultimo día, predicando en la plaza, llovía muy fuerte en los alrededores, pero ninguno en la plaza quedó mojado, porque allí no caía la lluvia y tenían sol. Así lo asegura Giovanni Menicucci por haber estado presente ⁶. En Ascoli predicando a unas 12.000 personas reunidas en un lugar*

⁴ Merlini Giovanni, o.c., pp. 640-641.

⁵ Vegliante Tullio, *Non posso, non debbo, non voglio*, Roma, 2012.

⁶ Varios, *Gaspare deL Búfalo*, Ed. Pia Unione, Preziosissimo sangue, Roma, 1992, p. 57.

abierto cayó una fuerte lluvia. Tomó en la mano el crucifijo grande, bendijo el aire e hizo lo mismo con la imagen de la Virgen y el cielo se serenó al momento con sorpresa de todos los presentes. Este hecho quedó escrito en la relación escrita por el padre Francesco Amici sobre la misión de Ascoli ⁷.

Haciendo viaje a Montalto sucedía que había que pasar un río unas cinco o seis veces y estaba sobrecargado de agua por las continuas lluvias. Gaspar oró con fervor y pudo superar su natural timidez y pasar el primero con un caballo ⁸. Un día mientras predicaba en Spello, el pueblo presente vio tres estrellas sobre su cabeza que tomaron la forma de una cruz. Por ello la gente decía que era un santo y buscaba algunas reliquias o cosas de su uso. Alguno le quitó el pañuelo, otro se hizo reservar el agua con que se había afeitado y así otras cosas.

CURACIONES

También realizó con el poder de Dios curaciones milagrosas: En Mergo, mientras estaba en el confesonario, le llevaron una mujer que no podía caminar y él le dijo: *Vete a la imagen de san Francisco Javier y pídele que te cure*. Y quedó sana. Un niño estaba moribundo, su padre le rogó a Gaspar que hiciera algo y le dijo: *Regala 12 túnicas a los hermanos de la Cofradía y el niño quedará sano*. Y así sucedió. En Alatri un sacerdote, Pasquale Aloisi, quería ser su colaborador pero estaba enfermo y tenía podagra. Gaspar lo tomó del brazo y lo hizo caminar y a continuación quedó sano de sus males y entró en la Congregación y vivió muchos años, viviendo en su comunidad. Una señora le presentó a su hijo de cinco años con una grave herida en la rodilla que los médicos había declarado incurable. Él le tocó la herida e inmediatamente quedó curado el niño. En Ariccia fue llamado por una señora enferma de ciática y también se curó. Y así otros muchos casos ⁹.

En Fiamenga había una mujer que padecía hemorragias y ninguna medicina le había ayudado. Gaspar le envió por medio del párroco una imagen de san Francisco Javier y se curó ¹⁰. Estando en Giano, un campesino se hirió gravemente la rodilla, y el siervo de Dios acudió con una reliquia de san Francisco Javier, lo bendijo y al instante se cerró la herida ¹¹.

Giovanni Menicucci nos dice que estuvo presente en muchas de sus prédicas y que hacia la mitad de la misión perdía la voz. Entonces alzaba los ojos

⁷ Ib. pp. 108-109.

⁸ Ib. p. 109.

⁹ Veglianti Tullio, o.c., p. 46.

¹⁰ Varios, o.c., p. 59.

¹¹ Ib. p. 73.

al cielo o hacia el crucifijo grande que tenía a su lado o hacia la imagen de la Virgen del cáliz y continuaba con una voz fuerte como antes ¹².

Rafael Proietti y su esposa Domenica Campana declararon en 1839 que su hijo de ocho años estaba en cama por haberse herido gravemente la rodilla durante la misión del padre Gaspar en Terzo La Pieve. El papá llevó a su hijo en brazos a Giano donde estaba el siervo de Dios. El padre Gaspar le tocó con la mano en la rodilla y, al regresarlo a su casa, el niño dijo: Mamá, ponme en el suelo; y el niño caminó libremente, porque estaba ya curado ¹³.

DEVOCIONES

Él había hecho voto de propagar por todas partes el amor a la Virgen María. Ordenó que en las Casas de la Congregación, durante los carnavales, hubiera exposición del Santísimo y recordaran al pueblo los dolores de la Santísima Virgen. Rezaba el rosario todos los días y fomentaba el rezo del rosario en familia. Mandaba colocar imágenes de María en las puertas para poder saludarla al entrar y salir. En las misiones, a veces hacía repetir a la gente: *Sean alabados Jesús y María*.

Tenía mucha devoción a la pasión de Jesús, al Corazón de Jesús, al Niño Jesús y la noche del 24 al 25 de diciembre la pasaba en oración, sea en la casa de Montecitorio o en la de San Silvestre del Quirinal. Su devoción a la Virgen María era muy grande. Cuando pasaba por las calles de Roma donde hay muchas imágenes de María en calles y plazas, se quitaba el sombrero ante sus imágenes. Cuando tocaban las campanas al Angelus, fuera estando en casa o de viaje, rezaba con los presentes. Cuando iba de viaje, se encomendaba al arcángel san Rafael y tenía mucha devoción al ángel custodio, a quien se encomendaba rezando la oración del ángel de mi guarda. También tenía devoción a los santos del cielo y le gustaba visitar las iglesias de santos, en especial la de Gesú, donde estaba el brazo de su santo preferido san Francisco Javier. Cuando tenía oportunidad, visitaba los santuarios de santa Rosa en Viterbo o de san Nicolás en Tolentino o de Santa Clara en Montefalco y así de otros santos. Tenía especial deseo en acumular reliquias de santos. Y acudía a los lugares donde había reliquias de la sangre de Cristo como en la iglesia de san Agustín de Offida, en Lanciano y en Terni. Celebraba la fiesta de la sangre de Jesús el primer domingo de julio. En las misiones recomendaba que pusieran en las puertas de sus casas: *Viva la sangre de Jesucristo o Viva la divina sangre*. También tenía mucha devoción a las santas llagas de Jesús. Tenía cientos de reliquias de santos en la

¹² Ib. p. 60.

¹³ Merlini Giovanni, o.c., pp. 644-645.

casa, donde vivía la cuñada. Cuando en sus viajes pasaba por un lugar donde había una iglesia y suponía que estaba en el sagrario el Santísimo Sacramento, se inclinaba quitándose el sombrero y hacía una breve oración y lo mismo cuando pasaba delante de un cementerio: hacía una pequeña oración por los difuntos de ese lugar. Solía rezar muchas veces al día el *De profundis* por ellos.

Sus jaculatorias más repetidas eran *Todo para gloria de Dios, Madre mía, María, ayúdame*; y también la usada por san Felipe Neri: *Te doy gracias, Jesús mío, porque las cosas no salen a mi gusto*. En algunas misiones, como en Todi, algunos querían confesarse, pero a una hora tardía cuando nadie los pudiera ver, y él los recibía aunque fuera en la noche avanzada. En uno de sus viajes en carruaje, el cochero blasfemaba contra Dios y los santos, él hizo detener el carruaje y le dirigió unas palabras al cochero para que no blasfemara, haciéndole ver lo grave de la blasfemia y este dejó de blasfemar.

Cuando estaba en Roma y no tenía misiones en lugares apartados, solía dedicarse a dar Ejercicios espirituales o conferencias en conventos de religiosas. Lo importante era estar trabajando sin parar por el reino de Dios. La corona de la divina sangre, que él difundía, está compuesta de siete misterios relativos a la efusión de la sangre de Jesucristo: en la circuncisión, en el Huerto de los olivos, en la flagelación, en la coronación de espinas, al llevar la cruz a cuestas, en la crucifixión y con la lanzada.

Era muy devoto de santa Apolonia y le pedía que intercediera ante Dios para tener bien los dientes, pues sufría de dolor de dientes. Y cuando estaba en la ciudad de Albano, iba a visitar su imagen en la iglesia de Ariccia donde se conserva una reliquia de un diente de la santa. Cada año celebraba una misa especial el día de su fiesta. Amaba mucho a san Luis Gonzaga. También tenía mucha devoción a los tres reyes magos por haber nacido el día de su fiesta y tener sus tres nombres. Además ordenó que todos los días en sus comunidades rezaran un padrenuestro y un avemaría en honor de san José y del arcángel san Miguel. Y por supuesto su devoción a san Francisco Javier fue lo más notable después de la Virgen y san José.

LA CONGREGACIÓN

En Roma estuvo en contacto con los operarios evangélicos fundados por el padre Gaetano Bonanni. Era una asociación de misioneros para dar misiones en los territorios pontificios. Gaspar quería que se tuviera una devoción especial en la Asociación a la sangre de Cristo; como le había inculcado su director espiritual, y también que se tuviera en primera línea la devoción a san Francisco Javier, su santo favorito. Pero los operarios evangélicos no aceptaban esto y se alejaron. Gaspar tuvo que empezar por su cuenta con un grupo de sacerdotes diocesanos, que se le habían unido para realizar con él la obra de las misiones, que el mismo Papa Pío VII le encomendó, haciéndole desechar su idea de hacerse jesuita. La nueva Asociación comenzó a llamarse Congregación de los misioneros de la preciosísima sangre.

La primera casa que el Papa les concedió fue la de la ciudad de Giano y comenzó el 15 de agosto de 1815, fecha considerada como de la fundación de la Congregación. Después se fueron abriendo otras casas hasta el número de trece durante la vida de Gaspar, considerado el verdadero fundador de esta Congregación nueva, dedicada especialmente a las misiones y a difundir la devoción a la preciosísima sangre de Jesús.

El Papa Gregorio XVI les regaló las casas de los Estados pontificios. Estableció que sus misioneros llevaran siempre un crucifijo en el pecho, fuera de Roma. En el ir y venir a actos comunes había que hacerlo en silencio. Los servidores podían ser recibidos a prueba por tres meses. Los que salieran de la Congregación, no podrían ser recibidos de nuevo, exceptuados los religiosos promovidos al episcopado. No podían ser recibidos los que hubieran estado antes en otra Congregación. Los sufragios por los difuntos debían ser iguales para todos sin excepción. El consejo de la dirección general de la Congregación sería quien podría abrir o cerrar casas y solucionar cualquier duda sobre la Regla y así otras cosas de la vida diaria.

La fundación de la rama femenina tuvo una fundación independiente por obra de la hermana beata María de Mattías, que oyó hablar a Gaspar en una misión y decidió consagrarse a Dios desde que tenía ya 17 años. Gaspar encomendó que fuera dirigida por el Venerable Giovanni Merlini y el 4 de marzo de 1834 fundó en Acuto el Instituto de adoratrices de la preciosísima sangre, que fue como el broche de oro con que la providencia quiso premiar al apóstol Gaspar del Búfalo, que había sido nombrado por los Papas como misionero apostólico, como misionero en nombre del Papa. María de Mattias había sido maestra en Acuto. Tenía 29 años y diez había estado bajo la dirección espiritual de don Merlini, el cual tenía la idea de fundar la rama femenina de los misioneros

de don Gaspar del Búfalo. El nuevo Instituto femenino fundaba sus raíces en la Archicofradía del preciosa sangre.

SU MUERTE

Nos dice san Vicente Pallotti: *Me dijeron don Biagio Valentini y don Giovanni Merlini, religiosos de su Congregación, que él había anunciado su pronta muerte. Después de la visita a todas las Casas de misión de su Instituto, les decía que era la última vez que venía.*

El siervo de Dios contrajo un mal de pecho por las grandes fatigas sostenidas en el ministerio misional. En el mes de diciembre de 1836 dio misión en Nepi y, siendo la estación muy fría y la atmósfera muy húmeda con lluvias, terminó la misión sin casi poder respirar. Regresó a Roma maltrecho y debía haberse sometido a cuidado médico, lo que no hizo, teniendo una fuerte tos, pero él continuó misionando fuera de Roma. Durante una misión en Sermoneta tuvo fiebre por haber hecho el camino en parte a pie y con lluvia y otro misionero tuvo que predicar en su lugar. Después fue invitado a dar una tanda de Ejercicios espirituales en Roma y, al llegar a casa y subir las escaleras, casi no podía. Dio misión en Albano, aunque tenía fiebre. Acudió a los médicos, doctor Belli y doctor Mazzucchelli, pero el mal seguía su curso ¹⁴.

San Vincenzo Pallotti nos dice: *En la mañana del 26 de diciembre de 1837 fui a verlo y lo encontré en cama y lo confesé. El 28 por la mañana fui a visitarlo a las 3 p.m. Me abrió el que lo había asistido durante la noche y allí, en el umbral de la puerta, me dijo: “¡Qué gran santo, qué paciencia!”. Ha pasado toda la noche en oración, repitiendo textos de la Escritura. Este era su sirviente y amigo Bartolomeo Panzini. Después me acerqué al enfermo y lo encontré más grave de lo acostumbrado, lo confesé de nuevo en preparación del sacramento de la unción de los enfermos que recibió junto con la comunión del párroco de la iglesia de Sant’Angelo in Pescheria de Roma, el canónigo Giacomo Traversi.*

Regresé a las 9 p.m.. Me arrodillé a su lado para orar y observé que ya estaba agonizando y recé algunas oraciones por los agonizantes, repitiendo jaculatorias. En el rostro de Gaspar se notaba una gran tranquilidad y paz y, después de un cuarto de hora, a las 9.30 p.m., murió plácidamente. Era el 28 de diciembre de 1837. Una religiosa de Cori, diócesis de Velletri, aseguró haber visto a Gaspar en una aparición con roquete y estola que repetía salmos con sus misioneros y después lo vio como que subía al cielo y oyó una voz que decía: “Líbrame, Señor, de la muerte eterna” y eso le había sucedido en la misma

¹⁴ Ib. 47-49.

noche en que Gaspar murió. Otra religiosa anotó: “Hoy muere el canónigo don Gaspar del Búfalo”, como así sucedió. Otra religiosa de un monasterio fuera de Roma, sobre la hora en que murió el siervo de Dios, estaba en el coro y tuvo una visión de Gaspar que iba al encuentro de san Francisco Javier.

Yo asistí a los funerales en la iglesia de santa Galla. Vi un concurso inusitado de gente de todas las clases sociales. Su cadáver cerrado en un ataúd fue llevado a Albano para darle sepultura en la iglesia de san Pablo. Al abrirse el féretro, después de cuatro días de su muerte, se sintió un olor suave que algunos atribuían a haber sido embalsamado, lo que no había sucedido. Fue reconocido el cuerpo. Estaba enteramente sano, incluso en las partes internas, a pesar de haber muerto de supuración de los pulmones y de que durante la vida había padecido de escorbuto. Definitivamente no tenía mal olor y su cuerpo era flexible hasta poderlo poner sentado. La lengua conservaba su humedad como si estuviera en una persona viva. En la espalda se observó algunas partes rosadas que formaban como una cruz¹⁵.

PRODIGIOS DESPUÉS DE SU MUERTE

Refiere san Vicente Pallotti: *He oído decir que por intercesión del siervo de Dios se han obrado no pocos prodigios. He oído también hablar de apariciones del mismo siervo de Dios y algunas de estas acompañadas de algunos prodigios¹⁶. Recuerdo que don Francesco Virili me contó que un día hablaba Gaspar con dos o tres de sus misioneros, entre los cuales había uno de apellido Agostini. El siervo de Dios preguntó: “¿Quién será el primero en morir?” Y después, señalando con el dedo al Agostini, le dijo: “Prepárese”. Y de hecho, de los que estaban presentes, él fue el primero en morir¹⁷.*

El arcipreste de Lenola Luigi Grossi escribió a don Pietro Spina el 20 de julio de 1838: *Ottavio Lostocco de 25 años tenía tisis pulmonar en el invierno pasado y fue desahuciado por los médicos. Yo le llevaba la comunión y de un día a otro se esperaba su muerte. Al señor Giovanni Radini le dieron un pedazo de tela con la que el siervo de Dios se había ceñido el brazo en su última enfermedad antes de su muerte. Al joven le dieron un vaso de agua donde habían puesto unos hilos de esa tela y desde ese momento comenzó a mejorar y hoy está totalmente restablecido¹⁸.*

¹⁵ Pallotti Vincenzo, *Gaspare del Búfalo*, Ed. Unione Preziosissimo sangue, Roma, 1989, pp. 162-168.

¹⁶ Ib. p. 171.

¹⁷ Ib. p. 183.

¹⁸ Ib. p. 682.

El señor Francesco Ricci escribió el 12 de diciembre de 1839: *Don Lorenzo Soderini tenía una hernia inguinal y el médico le aconsejó que se la fajara, porque era peligrosa. Un año después se le complicó la hernia y le dolía mucho. El médico hizo alguna limpieza y algún tratamiento sin éxito. Entonces yo le ofrecí un bonete que tenía del difunto siervo de Dios. Se lo puso en la parte enferma e hizo el voto de dar la suma de diez escudos dentro de seis meses si se curaba. Al día siguiente, ya estaba mucho mejor y se curó totalmente sin más remedios*¹⁹.

Fue beatificado por san Pío X en 1904 y canonizado por Pío XII en 1954. El Papa Juan XXIII lo definió como el verdadero y más grande apóstol de la devoción a la sangre de Cristo en el mundo.

¹⁹ Ib. pp. 687-688.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente este libro, podemos dar gracias a Dios por el gran regalo que concedió a la Iglesia desde 1876 a 1937 con la vida de nuestro hermano San Gaspar del Búfalo. Fue nombrado misionero apostólico y durante los mejores años de su vida fue un incansable misionero por todos los rincones de los Estados Pontificios.

Fundó la Congregación de la preciosísima sangre, a la que tuvo siempre gran devoción, al igual que supo inculcar la devoción a san Francisco Javier, quien lo curó de una grave enfermedad cuando era un niño.

Ojalá que nosotros seamos conscientes de que todos los cristianos debemos ser misioneros. Que ser cristiano es ser misionero y que el que no es misionero, o está muerto por dentro o está dormido. Jesús quiere cristianos de verdad, cristianos auténticos, que sepan dar la cara y hasta la vida por la predicación del evangelio, sabiendo compartir la fe que Dios nos ha regalado y que es un don de Dios, no para que nos la guardemos en el último rincón, sino para compartirla con alegría y esperanza entre los que nos rodean.

Estimado lector, que Dios te bendiga y seas un verdadero misionero y que, al final de tu vida, Jesús te pueda decir: *Ven, bendito de mi Padre, a gozar del reino eterno que te he preparado desde el principio del mundo.*

Que Dios te bendiga y seas santo. Es mi mejor deseo para ti.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- A. Rey, *Il divin sangue negli scritti del Romano beato Gaspare del Búfalo*, Ed. primavera missionaria, Albano Laziale (Roma), 1985.
- Colagiovanni Michele, *Voleva mille lingue, Vita di Gaspare del Búfalo*, Ed. Sanguis, Roma, 2004.
- E. L. del Búfalo, *Gaspare del Búfalo, il mio venerable zio*, Roma, 1991.
- Hümmeler Hans, *Gaspar del Búfalo*, Madrid, 1980.
- Merlini Giovanni, *Gaspare del Búfalo, un santo scruta un santo*, Roma-Albano, 1984.
- Pallotti Vincenzo, *Gaspare del Búfalo*, Roma, 1989.
- Romana seu Alban beatificationis et canonizationis servi Dei Gasparis del Búfalo, super fama sanctitatis, vita, virtutibus et miraculis, vol I-V, fol 2708.
- Valentíni B., *Gaspare del Búfalo, quasi un oracolo divino*, Roma, 1990.
- Varios, *Gaspare del Búfalo, conosciuto da vicino*, Roma, 1992 .
- Varios, *San Gaspare del Búfalo*, Ed. Pía Unione del preziosissimo sangue, Roma, 1980.
- Veglianti Tullio, *Non posso, non debbo, non voglio*, Roma, 2012.

&&&&&&&&&&&